

Ing. Reinaldo Harnecker

Política Eléctrica Norteamericana

J. D. ROSS, MAGNATE DE LA ENERGIA PUBLICA

POR CARL DREHER.

(Traducido de: «HARPERS MAGAZINE»—Julio 1940)

El 15 de marzo de 1939, Franklin D. Roosevelt formuló una declaración que empezaba así: «Es conveniente que todo ciudadano americano esté informado de la vida de uno de los grandes hombres de nuestra generación». J. D. Ross había muerto el día anterior. ¿Quién fué Ross? Mientras vivió su nombre habría dejado estupefacto a cualquiera de los charlatanes profesionales que divierten, con sus relampagueantes exhibiciones nocturnas, al público de radios. La noticia de su defunción empezaba así en la página mortuoria del «New York Time»: «James D. Ross, 66 años, Ingeniero de fuerza motriz», seguido de una reducida media columna. Entre los que murieron aquel día, la secretaria jubilada de una Compañía local de Asfaltos y material de Construcción, aparecía en forma destacada; la defunción de Ross, en cambio, a los ojos de los habitantes del Este pasó inadvertida.

Sin embargo, Ross fué tan importante como el Presidente lo dijo, y en otras partes la noticia de su muerte trajo como consecuencia una abundancia de epígrafes, grandes demostraciones de pesar y, en ciertos círculos comerciales, más alivio que pesar. ¡Cuán grande es nuestro país, cuán diversas sus actividades, cuán irregularmente distribuídas las grandezas que la publicidad hace resaltar! Aun el conocimiento de nuestros principales mentores intelectuales es sumamente escaso. Entre los miles de nombres en el Beards «America in Midpassage», yendo desde Charlie McCarthy hasta Herbert Hoover, el de J. D. Ross no está incluído. Pero en el Pacífico del Noroeste muchas doradas esperanzas tendrán que terminar en derrota y renunciamiento, muchas elevadas represas tendrán que desmoronarse en sus componentes de piedra caliza y grava, antes de que este nombre esté completamente olvidado. En cada parte del país donde los abogados del poder público antagonizan con los poderes privados, la sombra de Ross revoloteará en la batalla y tal vez ejercerá una influencia decisiva en el éxito.

¿Cuáles fueron las fuentes de la grandeza de Ross? Fué un ingeniero de primera clase; pero un país como el de EE. UU. produce un buen lote de éstos en cada generación. Fué un habilísimo organizador de negocios; pero así lo es también Tom Girdler. Fué un evangelista de la distribución de energía pública; pero los apósto-

les son más vigorosos en los fines que en los medios. Lo más notable en Ross fué la combinación, en un solo hombre, de las tendencias de estas tres vocaciones y aun más. Contrariando una austera tradición de sus congéneres, él mezcló la técnica con el humanitarismo, y lo hizo con mucho éxito. Su amor a la humanidad era infinito y si hubiéramos de expresarlo en kilowatts, estos tendrían que ser generados y distribuidos gigantescamente a fin de que cada uno pudiera compartir de sus beneficios. Convencido de que el dominio privado no podría realizar este designio, peleó por la energía pública con fervor religioso y con perspicaz estrategia financiera. Fué indiferente al dinero para su propio uso y placer: levantó una empresa de 64 millones de dólares, la que le pagaba anualmente US. \$ 7,500 y, a pesar de que este negocio era tan personal como el de la Ford Motor Company, Ross no tuvo en él ninguna participación financiera. Podía ser despedido, y así sucedió en una ocasión. En esta situación, libre del propio interés pecuniario, provisto de infinitas energías, de alegres disposiciones y un contagioso entusiasmo, hizo a un lado todos los obstáculos y al fin se empeñó en proyectos y planes vastísimos hasta dar lugar a la pregunta de cómo podrían ser realizados dentro de los límites del orden económico vigente. Nunca discutió los dogmas primarios de los negocios privados; desafió los tabús en su propio sector de industria y en ninguna otra parte más. Pero, antes que tuviera que enfrentarse con conflictos fundamentales, desapareció bruscamente de la escena.

II

En marzo de 1902, los habitantes de Seattle votaron una emisión de bonos de US. \$ 590,000 para una planta eléctrica municipal. En aquel tiempo la ciudad tenía su propio servicio de agua, el cual provenía del río Cedar, en las montañas del Este. Esta misma agua podía generar energía eléctrica para alumbrar las calles de Seattle y, tal vez más tarde, las casas y tiendas. Fué escogido el solar y los problemas para la construcción de una planta generadora y transmisora de energía a 37 millas de Seattle, aguardaban su solución.

Un joven entró a la oficina del ingeniero de la ciudad, Mr. R. H. Thomson, y solicitó el puesto para diseñar y construir el sistema. Este joven era alto y vigoroso, su apariencia era la de una persona calmada, sus ojos daban la impresión de tratarse de un ser activo y resuelto. Se presentó como J. D. Ross.

Thomson le hizo la pregunta habitual: ¿Qué experiencia ha tenido Ud.?

Ross le respondió: «Ninguna». «Pero, ¿dónde va a encontrar alguno que la tenga?». «Antes de que empiece con este proyecto, déjeme mostrarle mis planes».

Las calificaciones del candidato, según las normas académicas, no eran muy impresionantes. Nacido en Chatham, Ontario, en 1872, empezó a interesarse en electricidad y química tan pronto como empezó a leer. Construyó una batería con la plancha de zinc del horno de la cocina y los restos de cobre de un caldero, y a los once años de edad, repitió el experimento de Franklin de pararrayos agregando la sorprendente innovación de traer la electricidad a su laboratorio en el sótano. Su educación se limitó a las escuelas elementales de Chatham y dos años de estudios superiores. A la edad de veinte años cumplió con su primer trabajo importante—ejerció las funciones de profesor por 35 dólares al mes y durante seis años éste fué su oficio. Sin embargo, siempre estuvo haciendo experimentos y leyendo sobre su materia favorita.

En 1898 se le desarrolló una grave afección al pulmón. A pesar de las advertencias de que sólo le quedaba vida para seis meses más, formó parte de una expedición de jóvenes que se dirigieron a pie a los campos de oro en Yukón. Caminando semana tras semana con sus bártulos a la espalda, arrastrando una canoa, durmiendo de noche en la nieve, recuperó su salud, pero fracasó en la búsqueda del oro. Trabajó en una fábrica de salmón en conserva, hasta que ganó su viaje a la costa y llegó a Seattle.

La ciudad convenía a Ross a la perfección. Es raro que una generación venida de la frontera transforme a una ciudad en un floreciente puerto pletórico de energía y optimismo. Los «Seattleites», decían, «son gente de magníficas concepciones». Ross se quedó allí trabajando como electricista y esperando una oportunidad para desarrollar sus grandiosas concepciones. La planta eléctrica municipal fué la primera oportunidad que se le presentó.

Por el año 1902 no era una empresa pequeña. La industria eléctrica sólo contaba con 20 años de existencia: La central «pioneer» Edison de Pearl Street, había empezado a suministrar corriente continua, por medio de Dinamos Jumbo con toscas correas transmisoras, a la parte más baja de Manhattan en 1882. La distribución de corriente continua era limitada y, para la transmisión a larga distancia, fué pronto suplantada por corriente alterna a alto voltaje. La mayor instalación de corriente alterna antes del principio de este siglo, fué la planta de las Cataratas del Niágara. La parte canadiense tuvo especialmente un papel importante, tanto técnico como ideológico en la carrera de Ross. La Central de Cedar, con sus dos generadores de 1,200 kilowatts—poder equivalente a cuarenta automóviles modernos—tenía sólo una fracción de la capacidad de la primera instalación del Niágara y, ocho años más tarde, apenas era comparable como obra de ingeniería; pero, la línea de transmisión a Seattle, diseñada para operar al audaz voltaje de 45,000 Volts, atrajo la atención de todos los círculos de ingenieros en una forma considerable. La construcción se terminó en 1904 y los resultados confundieron a los escépticos lugareños. A principios de 1905, el alumbrado público fué tomado de la Seattle Lighting Co.

La Municipalidad y los consumidores locales, estaban desde hacía años en desacuerdo con la Compañía, acerca de las tarifas. Los consumidores locales estaban pagando veinte centavos de dollar por kilowatt-hora, tarifa que equivalía al doble o triple de una normal retribución de la inversión. La Compañía había obtenido un buen negocio y, tal como otras empresas de utilidad pública, lo estaba aprovechando lo más que podía. ¿Para qué bajar las tarifas a la mitad y aventurar inversiones adicionales en la esperanza de ampliar el mercado? Dejen a aquellos que no quieren pagar por la electricidad que usen kerosene. ¿Para qué hacer participar a los consumidores en las economías que provenían del progreso de la ingeniería? No eran suyas, eran de la Compañía.

Por supuesto, la reglamentación del Estado estaba en sus principios; pero primero podría ser combatida en las cortes y después echada al suelo por otros métodos. Pero ¿y la concurrencia Municipal? Esta fué reconocida como la amenaza más tangible; pero ella podría ser mantenida aparte el tiempo suficiente, mientras los votantes fueran persuadidos de que nunca surgiría debido a la «falta de estímulo», de la cual resultaría la «falta de iniciativa» y su consecuencia: la «ineficiencia del Gobierno». Pero, en Seattle, estos fantasmas, a más del super-fantasma del «socialismo», se des-

vanecieron en el aire. Por un amplio margen, la ciudad era normalmente republicana, pero los Republicanos del noroeste del Pacífico eran de una raza especial. Hombres que estaban prontos a cargar armas al mero aviso de un asalto a la propiedad privada, odiaban a las Compañías de energía eléctrica tanto como a los anarquistas. Votaron 9,968 a favor y 1,511 en contra de la extensión del servicio de la planta municipal desde el alumbrado público de las calles, hasta la venta de energía en general y, al mismo tiempo, con el fin de evitar todo malentendido, ellos modificaron la carta constitucional de la ciudad con el objeto de obtener la remoción de los conductores elegidos.

Cuando la Compañía vió que nada podía hacerse para interrumpir la operación de la planta municipal y que el aficionado a ingeniero conocía su negocio, las tarifas de la Compañía bajaron repentinamente de veinte centavos de dollar por K. W. H. a doce. Pero la ciudad ofreció a $8\frac{1}{2}$ centavos por los primeros 20 K. W. H. mensuales, y bajó por escalones a $4\frac{1}{2}$ centavos por el excedente de 60 K. W. H. mensuales. La Compañía no tenía otra alternativa sino que seguir el movimiento: aún los intereses de los grandes negocios fueron solo sensibles a la superioridad moral del K. W. H. generado privadamente únicamente hasta el momento en que no costaba más que el otro. Aun para tarifas iguales, la tendencia de los consumidores residenciales se inclinaba fuertemente hacia la energía generada por la ciudad. La planta municipal encargó nuevos generadores y siguió creciendo, y, como vendía más energía, pudo conceder nuevas rebajas de tarifas. Sin embargo, nadie se arruinó. A pesar de todas las reducciones, de la costosa duplicación de las plantas y del servicio y de la división de la carga, ambas empresas estaban ganando dinero.

De acuerdo con las normas habituales, esta competencia debería haber terminado, en un momento dado, mediante un cambio político, el cual, en la revoltura del gobierno municipal, habría podido ser conseguido tarde o temprano. La Compañía particular habría adquirido la planta municipal y una vuelta a la normalidad del «costo-plus»—«plus» siendo ahora algo más reducido—habría sido su resultado. El principal obstáculo para semejante fin fué Ross. En 1911 fué ascendido de Ingeniero Electricista a Superintendente del Depto. de Alumbrado. Tenía sus ideas propias sobre normalidad, expresadas en máximas tales como ésta: 1.º «El mercado para la electricidad es como Ud. lo quiera hacer», y 2.º «La unión de la gente en el fomento del empleo de la electricidad es el fin que nosotros deseamos alcanzar», y estaba organizando una asociación para llevarla a cabo. Sus colaboradores lo adoraban. Estos empleados de la luz de la ciudad eran los mismos que actuaban en la construcción de plantas, en su conservación y operación en otros lugares, pero no era necesario fomentar una lealtad ficticia entre ellos; el carácter mismo de la empresa y su dirección, generaba su propio espíritu de cuerpo. Ross era eficiente, exacto y exigente, pero un fuerte y vigoroso humanitarismo empapaba sus relaciones con los individuos así como a todos sus objetivos finales. Su amor por los seres humanos era espontáneo y sin afectación y despertaba iguales sentimientos en cuantos le rodeaban. Este modo de ser se expandía más allá de los límites de la organización y, basado en una sólida base económica, lo hizo inmensamente popular entre sus conciudadanos. De acuerdo con una ley sociológica, análoga a alguna de sus fórmulas eléctricas, su popularidad aumentaba en razón inversa del costo de la energía doméstica.

Su vida privada era intachable. Era un republicano y un presbiteriano obser-

vante. No fumaba ni bebía. En 1907 había ido a Chatham, de donde volvió casado; llevaba una vida matrimonial feliz y honorable en todo sentido. Oriunda del mismo foco candente de los problemas de la energía pública, la señora de Ross era una creyente, tan ardiente en la causa, como su marido. Su sueldo como Superintendente era de US. \$ 4,200 al año y muy cuidadosas verificaciones, incluyendo el empleo de espías en su organización y dispositivos de escucha en sus teléfonos, demostraron que no tenía otras entradas. Si él hubiese sido el tipo corriente del arrivista, la solución habría sido sencilla: ofrecerle diez mil—quince mil dollars—lo que fuese necesario, para llevarlo a trabajar por cuenta de las Compañías privadas en lugar de la ciudad. Pero Ross se identificaba él mismo con la planta de la ciudad y se consideraba satisfecho. Ni él ni su señora tenían ambiciones sociales o de fortuna. Había que hacer algo contra él, pero ¿qué?

Por otra parte, se hacía perfectamente claro que, mientras más tiempo estuviese en el puesto, más difícil se haría hacer cualquier cosa. Ya en 1912 había conseguido bajar el costo de la electricidad a seis centavos de dollar por los primeros 60 K. W. H. y a cuatro centavos para el excedente. En ese año, la Empresa de Luz Eléctrica de la ciudad, después de pagar todo el servicio de los intereses de bonos, de amortización y gastos de explotación, acusaba una utilidad de US. \$ 191,696. El año siguiente el excedente fué de US. \$ 274,657. La planta de la ciudad tenía 32,000 consumidores y 240 empleados, la inversión pasaba de cinco millones, las entradas anuales eran más de un millón y el negocio estaba produciendo lo que en manos particulares habría sido una ganancia neta líquida del 8%.

En verdad, para financiar este desarrollo, Ross había tenido que pedir prestado más de cuatro millones en bonos con garantía prendaria y un clamor se podría haber levantado en contra de las «aplastantes» deudas que se habían hecho recaer sobre los propietarios de la ciudad. Pero el monto de la deuda no era en realidad lo suficientemente aplastante para los 260,000 habitantes de Seattle, todos imbuídos en concepciones magníficas y, como el interés era pagado fácilmente de las entradas, los ciudadanos permanecían muy tranquilos. En 1914 ya no tenía préstamos sobre el crédito de la ciudad, ni siquiera sobre la propiedad de la planta municipal. El propio crédito de la Compañía de Luz de la ciudad había subido tan alto, que habría podido tener dinero para nuevas extensiones con bonos de renta, los cuales constituyen una prenda solamente sobre sus entradas. Ya empezaba a presentarse la situación tal como si la teoría de la «falta de iniciativa» podría haber tenido una falla, al menos cuando Ross se encontraba en la ecuación.

I I I

Las Compañías privadas de energía eléctrica de la nación estaban siendo coordinadas—o más bien encadenadas una a otra financieramente—bajo los auspicios del capital del Este, y alrededor de 1912, la situación del occidental Estado de Wáshington, excepto en lo que respecta a la Compañía de Luz de la ciudad, todas las demás Compañías estaban bajo el dominio de Stone & Webster, la poderosa Compañía Holding de Boston y su subsidiaria, la Puget Sound Power & Light Company. Desde el principio no hubo entendimiento entre Stone & Webster y la Compañía de luz de la ciudad, pero el primer gran choque no se produjo hasta 1917. Ross había estado

buscando, durante años, un lugar apropiado para una planta hidro-eléctrica adecuada para complementar Cedar Falls, la que estaba desarrollando toda su capacidad y una planta de vapor que tenía en funciones. La planta de vapor era eficiente, pero Ross odiaba gastar dinero en combustibles, salvo para servicios de emergencia; él siempre podría hacer algo mejor con la energía hidráulica. «Los mejores lugares», dijo en 1913, «están poco a poco siendo tomados por los intereses privados, mucho más rápidamente que lo ha hecho el Poder Público». Hizo un reconocimiento dentro de un radio de 150 millas, desde Seattle, y la mejor situación que encontró estaba en el río Skagit, la corriente tributaria más grande de Puget Sound. Aquí, en el monte Baker del Bosque Nacional, cerca del límite con el Canadá, unas 100 millas desde Seattle, el río Skagit descendía desde las cumbres de la Cascada, por una garganta entre muros de granito, cayendo 1,220 pies en 12 millas. Ross debió haber mirado este lugar con ojos admirativos, porque ésta era una formidable empresa «aún para la generación unificada de energía de la ciudad». Eso no hubiera detenido a Ross, pero una razón de más peso era, que, Stone & Webster, tenían ya los derechos a la energía, por concesión del Gobierno Federal. En esta situación, él volvió sus miradas a otras partes.

Después de muchos trabajos de reconocimiento, redujo su elección a tres lugares: el Lago Cushman en las montañas Olympic al Oeste de Seattle; el Hebb, en el río White y el Salto Sunset en el Skykomish. Llamó a propuestas para estos tres lugares. Pocos días antes de la apertura de éstas, supo que Stone & Webster había comprado el lugar del Río White en un millón y el de Skykomish por doscientos mil dollars; el Lago Cushman estaba sometido a juicio.

Ross vió la brecha y luchó. El tiempo era favorable; el auge de la guerra de 1917 había elevado la demanda de energía en Seattle y Woodrow Wilson, quien no era herramienta de las corporaciones, estaba en la Casa Blanca. Ross se preocupó personalmente del asunto del Skagit, pidiendo prestado incidentalmente, 400 dollars a un joven empleado, para financiar su corto viaje al Este. El alcalde Hiram C. Gill lo ayudó—una de las pocas veces en que Ross recibió cooperación del alcalde de Seattle. Pero la Municipalidad estaba dividida y Ross tenía que luchar a la vez con dos enemigos: por un lado, Stone & Webster, en Washington, y por el otro, con sus oponentes en su propia ciudad. Siguió así un año y medio de continuas maniobras. Ross podía ser un hábil político cuando era necesario, y uno de sus trucos era telegrafiar a cada uno de los regidores de Seattle, desde Washington, agradeciéndoles cordialmente por su ayuda, cuando sabía perfectamente bien que la mitad de ellos se oponía a sus planes. Se ha dicho que, dos regidores, desorientados por esas comunicaciones telegráficas, le dieron a Ross la mayoría necesaria en la Municipalidad. En la audiencia de Washington, ante David F. Houston, Ministro de Agricultura, quién tenía jurisdicción sobre las reservas forestales, Ross solicitó un permiso federal para Seattle a fin de desarrollar Skagit, fundado en la razón de una necesidad pública. Stone & Webster luchó para impedir la transferencia, alegando que ellos habían invertido mucho tiempo y dinero en trabajos preliminares; pero ellos no tenían instalaciones ni ninguna respuesta aceptable a lo afirmado por Ross, en el sentido que la acción de ellos en el río White y en el Skykomish, viciaban sus pretensiones sobre el Skagit. El Ministro Houston apoyó a Seattle y, el 25 de diciembre de 1918, telegrafió a Ross que podía

seguir adelante con el desarrollo del Skagit. «Un regalo de Pascua para Seattle», anunció jubilosamente Ross, «que aumentará en valor a medida que pasen los años».

Ross estaba ahora metido en los negocios de energía en gran escala. El Skagit era enorme, se podía clasificar en la categoría del millón de caballos de fuerza. El tenía una característica afortunada, en contraste con lugares de la misma y mayor magnitud en el ancho Río Columbia, donde caían, inutilizadas al mar, prodigiosas cantidades de agua. El Skagit, con su angosta garganta y altas cimas, podía aprovecharse escalonadamente, haciendo y construyendo extensiones gradualmente en proporción a la capacidad y necesidades de la ciudad. Fueron considerados varios proyectos; finalmente, fué elegido un desarrollo de tres escalones. Los lugares yendo hacia aguas arriba eran: «Gorge, » «Diablo» y «Ruby». El costo de entrar al lado alto de las Cascadas era enorme, por lo tanto el lado bajo fué desarrollado primero. Una vía férrea, de trocha normal, de 23 millas de largo, fué construída por la ciudad desde Rockport, Wáshington hasta Gorge. Una represa temporal de madera embalsaba el agua y alimentaba un túnel revestido de concreto labrado a través del granito, tenía 11,000 pies de largo y 20 pies de diámetro. Dos turbo-generadores verticales de 30,000 K. W. fueron instalados, proyectados para trabajar con una caída de 375 pies que sería obtenida al final mediante un tranque alto; con la caída de 270 pies del tranque provisorio daban 39,000 K. W. entre los dos. Una línea de transmisión a 165,000 volts, transportaba la energía a Seattle. Ese proyecto, cuyo costo era de once millones de dollars, fué puesto en marcha—leve ironía del destino—por el Presidente Coolidge, el 27 de septiembre de 1924, desde Wáshington mediante control de distancia. Más tarde, una tercera unidad de 33,000 K. W. fué agregada y la planta desarrolló 56,000 K. W., los que, en el tranque definitivo se transformarían en 240,000 K. W. cuando se completara la planta. Y este era solamente el primero de los tres desarrollos previstos para Skagit. Las miradas de los ingenieros electricistas, financieros y abogados, tanto de las centrales privadas, como públicas, se dirigían hacia el N. O. del Pacífico. La planta de Skagit convirtió a Ross en una de las figuras más sobresalientes del mundo de la energía. Ninguno de ambos bandos se hacían ilusiones. Los resultados por conseguirse en tal sector sobrepasaban ya los límites de la importancia local.

IV

Es justo mencionar que, durante la presidencia de Coolidge, la organización Stone & Webster era una de las mejor llevadas entre las «Holding Companies». Sus amortizaciones eran relativamente moderadas, conservaba cierto grado de honradez profesional y no era hechura Insull. El hecho de que esta relativa corrección no se extendiera íntegramente a la totalidad de sus dirigentes y sus subalternos, aparecerá en breve. La tensión se convirtió en guerra abierta nuevamente en 1923. La ciudad de Tacoma, situada a 26 millas al sur de Seattle en línea recta, fué el «casus belli». Tacoma había adquirido la planta de su Compañía particular desde 1893 y, debido a que se encontraba próxima a las fuentes de energía y no teniendo que soportar los gastos de una doble empresa, disfrutaba de tarifas aún más bajas que las de Seattle. Sin embargo, en los alrededores de 1922, su planta había quedado copada y la ciudad tenía que comprar un considerable exceso de energía al por mayor a Stone & Webster.

Entonces, según Ross, la Compañía dejó repentinamente de abastecer a Tacoma diciendo que estaban escasos de energía en la red de Wáshington. Ross, por su parte, con la primera unidad de Skagit, muy cerca de quedar terminada, propuso una línea de interconexión entre las dos ciudades, para el intercambio de energía y ésta fué construída en 1923. La Puget Sound Co. atacó en las Cortes el proyecto. La «Bone bill», ley de Bone (del actual Senador de los Estados Unidos, Homer T. Bone) tendiente a legalizar la interconexión entre ciudades y permitir a las Municipalidades de Wáshington el vender energía fuera de sus límites municipales, fracasó en las Cámaras. Nuevamente fué presentado en noviembre de 1924 y fué rechazado por segunda vez. No llegó a ser ley hasta 1930. Mientras tanto, fueron ideadas algunas medidas legales para permitir el funcionamiento de la línea de interconexión.

La Compañía gastó US. \$ 126,000 en 1924 para derrotar el proyecto Bone. Tenía posibilidades de hacerlo; sus utilidades brutas en ese año en su negocio de Seattle habían alcanzado a US. \$ 2,660,164. Formó clases para oradores destinados a hacer campañas en oposición a Ross y de aquellos que las hacían en favor de las empresas públicas. Sus gastos de propaganda (periódicos, películas, radios, etc.) no bajaron nunca de \$ 100,000 dollars anualmente después de 1926 y el total, según las estadísticas de la Comisión de Comercio Federal (Federal Trade Commission), durante los ocho años de 1926 a 1933, alcanzó a la suma de US. \$ 1.205,431. Contribuyó con US. \$ 60,000 anuales durante tres años a la «Liga de Información para los Votantes», la que atacó sin descanso a las centrales municipales. Se mantuvo en contacto incesante con la Asociación Nacional de Luz Eléctrica (National Electric Light Association), la cual estaba de acuerdo en que «la situación de Seattle era de importancia nacional» y había organizado un comité especial para preocuparse de ella. La Compañía hizo uso de los recursos de Hollywood en la forma de una película confeccionada por los estudios de la Metropolitan Sound Studios, con respecto a la cual el productor escribió: «Estimo que si la Puget Sound Power y la Light Company proyectan esta película en cualquier comunidad que esté pensando en emitir un empréstito para la construcción de una planta municipal, ellos lo pensarán durante mucho tiempo antes de realizarlo después de haber visto esta película». Esta corta película de 3 rollos, costó la cantidad de US. \$ 14,518.

En 1930, cuando la tensión llegó al máximo entre Ross y sus enemigos, la Compañía gastó US. \$ 154,000 en propaganda política. Al mismo tiempo, se esforzaba en granjearse buena voluntad, distribuyendo regalos a las escuelas y contribuyendo a los fondos de atletismo de los colegios; a la Y. M. C. A., a las Universidades, etc., un típico caso de estas pequeñas contribuciones fué, por ejemplo, el reparto de sweaters para los componentes del equipo de basket-ball de la Universidad de Olimpia (US. \$ 119.85), y un ejemplo de las grandes donaciones, US. \$ 5,000 para becas en el Whitman College in Walla Walla—todo esto con cargo a los gastos de operación.

La respuesta de Ross, manifestada en su propio método de propaganda por los hechos, fué una nueva reducción en las tarifas a 5½ centavos de dollar por los primeros 40 K. W. H., de dos centavos por los siguientes 200 y un centavo por los restantes. Mientras más bajaba los precios, más energía podía vender; Seattle tuvo más cocinas eléctricas que ninguna otra ciudad del mundo. En 1927 empezó a desarrollar la segunda unidad del Skagit, iniciada con la represa del Diablo, con 389 pies de altura. Prometió entregar la energía del Diablo en Seattle a US. \$ 65 por H. P., el más

bajo costo de construcción de esta clase de obras en los Estados Unidos. Por este tiempo la City Light podía contar con 90,000 clientes contra algunos 25,000 de la compañía privada, y la brecha iba ensanchándose. Sus contra-ataques iban siendo cada vez más efectivos. Contestando el argumento de la pérdida de impuestos, dejó bien establecido que los consumidores estaban ahorrando diez millones de dollars al año por medio de las tarifas más bajas, una suma mayor que la totalidad de los impuestos municipales. El decía: «Un consumidor en Seattle debe pagar US. \$ 2 por lo que un hombre en el Este de Wáshington debería pagar US. \$ 6. El excedente de US. \$ 4 representa seguramente un impuesto cobrado por las empresas particulares y sobre el cual el público no tiene control... Hemos fracasado en el control de los impuestos de las compañías generadoras de energía; siempre fracasaremos, *porque monopolio es gobierno*». Mostró que en los límites de la ciudad de Seattle la Compañía estaba cargando el doble que la City Light, al otro lado de la calle; que en general, estas tarifas aumentaban con la distancia desde Seattle; y que aún con las tarifas de Seattle como medida, algunos departamentos padecían aún con tarifas tan caras como 16 centavos de dollar por K. W. H. Hizo un llamamiento a los intereses comerciales señalando reducciones en sus tarifas. «Seattle, con sus millones de H. P. de Skagit, no debe ser anonadado por las intrigas políticas de Stone & Webster, si ella desea ser llamada la ciudad industrial de la Costa Occidental». Finalmente, su carácter agresivo llegó a su culminación. Exigió que Puget Sound Power admitiera la derrota y vendiera sus instalaciones a la City Light. Entonces, prometió, mostraría a la ciudad una verdadera reducción de las tarifas. Suprimido el doble servicio, las tarifas podrían ser reducidas a la mitad y los ahorros anuales cubrirían con exceso el costo de comprar la empresa competidora. Se mantuvo en sus premisas y exigió el monopolio de la energía en Seattle.

Los miembros de la Empresa Stone & Webster apretaron filas para hacer frente, en forma más efectiva a este advenedizo provinciano. Su activo llegaba casi a 400 millones de dollars, su capacidad instalada era de 666,926 K. W., abastecía a más de dos millones de consumidores en todos los EE. UU. Mr. A. W. Leonard, presidente de la filial de Puget Sound, recibía US. \$ 50,000 al año, lo cual representaba siete veces lo que recibía Ross. Esto no obstante, Ross conjuntamente con la crisis, estaban afectando seriamente las entradas de Stone & Webster en la región. En 1930, la tasa de interés sobre una inversión de 21 millones, sin tomar en cuenta los cambios en la equidad de los excedentes, era de 5,15%. En 1931, la inversión alcanzaba casi a 28 millones de dollars y el dividendo no era mayor. Esta baja en el barómetro financiero pronosticaba la proximidad de la tempestad.

En aquellos tiempos el alcalde de Seattle era Frank Edwards. Varios alcaldes habían tenido la intención de despedir a Ross por el solo hecho de que su personalidad cívica había llegado a hacer sombra a los alcaldes de Seattle y aun, a los gobernadores de Wáshington. El alcalde Edwards fué el primero en intentarlo y el último.

El 24 de febrero de 1930, Mr. Leonard escribió una carta a George H. Clifford de Stone & Webster. En cierta parte de dicha carta decía: «me gustaría que Ud. hubiera tenido oportunidad de encontrar al alcalde Edwards mientras se encontraba en Boston. Ha estado sumamente ocupado en su campaña desde su vuelta a Seattle, pero tengo la impresión que lo pasa muy bien en Boston y se sintió muy halagado con las atenciones de que fué objeto allí».

El 12 de marzo, Leonard escribió: «Las elecciones municipales de ayer en Seattle se realizaron en forma muy satisfactoria. El alcalde Edwards fué elegido por una gran mayoría y dos de los antiguos miembros del Consejo fueron derrotados por dos candidatos mucho mejores desde nuestro punto de vista. Espero ahora que el alcalde Edwards se sentirá en condiciones de realizar alguna de las sugerencias que él nos hizo anteriormente, relativas al personal, etc. del departamento de alumbrado».

Pero transcurrió otro año antes de que Edwards se encontrara capacitado para llevar a cabo sus propósitos. Cruzó el Rubicón político el 9 de marzo de 1931 al pedirle la renuncia a Ross, basándose en vagos cargos de extravagancia, incompetencia profesional y de armar una máquina política en su departamento.

Exteriormente Ross demostró su habitual tranquilidad. Empaquetó sus cosas y se marchó hacia el Este. Los ciudadanos de Seattle, en cambio, tomaron su despedida en una forma menos tranquila. Se desencadenó una tremenda agitación civil. Marión A. Zioncheck, el joven abogado liberal que más tarde fué llevado al Congreso, se hizo cargo de un movimiento para derrocar a Edwards. Los ciudadanos se agruparon para firmar las peticiones. Esta campaña resultó agria aún para Seattle. Diez días antes de la elección, volvió Ross, e hizo discursos en el sentido de que lo que estaba en juego era la propiedad municipal en contra de los trusts de la energía eléctrica. Las usuales acusaciones de comunismo cayeron en el vacío. Aun, uno de los diarios de Edwards decía editorialmente: «Sus (los de Ross) largos servicios en el departamento de luz de la ciudad y su fama nacional entre los abogados de los bienes públicos, parecen alejarlo de toda conexión con el comunismo». Edwards fué derrocado por 125,000 votantes contra 15,000. El nuevo alcalde, Robert Harlin, un ex director de la Trade Union, volvió a nombrar a Ross en su antiguo puesto. El «New York Times» hizo al respecto, el siguiente comentario: «Mr. Edwards ha salido, Mr. Ross ha sido restituído en el control de la empresa, el trust de la energía tendrá una pulga en el oído y los diarios de Moscou van a tener una buena historia».

Poco tiempo después, Mr. Leonard se retiró como presidente de la Puget Sound Co. Un director del Este, en un telegrama dirigido a Frank Mc. Laughlin, el sucesor de Mr. Leonard, hacía referencia a que «debía mantenerse alejado de toda política activa». La Compañía llegó hasta hacer una renovación de su personal en Olympia y cuando Leonard volvió a su antigua residencia, le pagó US. \$ 200 mensuales hasta que pudiera encontrar otra ocupación, pero bajo la condición escrita de que debería mantenerse alejado del Capitolio del Estado.

V

El viaje de Ross hacia el Este, mientras estuvo cesante, no fueron vacaciones. Así como el hombre que inventa una trampa para ratones superiores a las otras tiene la seguridad de ser preferido a la postre, es natural que un gobernador destinado a ser pronto el Presidente de los EE. UU. requerirá la cooperación de un hombre que había construído mejor que cualquier otro una planta de fuerza municipal. Fué Franklin D. Roosevelt, quien llamó a Ross a Albany para pedirle consejos sobre el proyecto de central de energía pública sobre el señor Lawrence. En aquel entonces no se obtuvieron resultados importantes. Mr. Roosevelt y Niágara Hudson estaban muy unidos y permanecieron así; el proyecto del señor Lawrence no ha sido realizado hasta la

fecha ni tampoco abandonado definitivamente. Las discusiones entre Ross y Roosevelt no fueron del todo estériles y dieron resultado, por lo menos en la redacción del Programa Democrático, referente a la política de la energía en la campaña presidencial de 1932. Entre tanto, Ross había vuelto a la Empresa Municipal de Luz para impulsar la construcción de Diablo y de rematar a la tambaleante Puget Sound Co. con nuevas rebajas de tarifas.

Pero si la Puget Sound Co. estaba tambaleándose, Ross mismo estaba algo fuera de aliento y no hay que extrañarse de ello. En efecto, la depresión estaba afectando por igual a justos y pecadores, y Diablo era una empresa pesada. No era que las demandas de energía de la ciudad hubiesen decaído enormemente: la disminución fué de solamente un 16% entre la más alta que fué en 1930 y la más baja que se observó en 1933. Es que Ross había esperado que ella continuara incrementándose en la misma forma anterior; como extra-polador, él siempre había sido optimista. Pero aún eso no habría significado mucho; la dificultad estaba en encontrar compradores para bonos, aún tratándose de bonos tan buenos como los de la Empresa de Luz de la ciudad a fines del desgraciado año de 1931. El tranque quedó terminado en 1930 y la maquinaria para la central de fuerza, incluso dos turbo-generadores de 95,000 H. P., ya había sido encargada. El total de la deuda era de US. \$ 1.854,000 y algo así como otros cinco millones eran necesarios para terminar la central de Diablo, sus líneas de transmisión y sub-estaciones. El tranque de Ruby, hacia aguas arriba, la clave de todo el proyecto de Skagit en su forma definitiva para regularizar el gasto en las plantas de Diablo y Gorge y para almacenar tres millones de acres pies de agua en un lago de 30 millas de largo, esto no podía ni pensarse por el momento. Además, existía un edificio de la Empresa de Luz de la ciudad de 26 pisos que había sido proyectado en la época en que la gente proyectaba cosas de esta especie; felizmente la realización del proyecto no había pasado del límite de las fundaciones. Además, más de mil hombres de la empresa se encontraban frente a una reducción de 25% de sus sueldos.

Ross se las compuso bastante mejor que la mayoría de las corporaciones, ningún empleado fué dejado cesante; la situación fué salvada por medio de turnos rotativos entre los empleados. Los planes del proyecto del edificio fueron reducidos a tres pisos con el fin de darle cabida exclusivamente a las oficinas del Departamento. Los contratistas de la planta de Diablo convinieron en aceptar warrants de la Lighting Construction Fund al 6%, hasta que los bonos pudieran ser vendidos, y Ross empezó a buscar dinero con el cual poder terminar Diablo, el edificio de las oficinas y unas pocas líneas de transmisión.

El único que tenía dinero para prestar, era el Gobierno y Ross no vió razones en contra para que, parte de él no fuera a parar a su sana empresa en vez de a bancos en mala situación y ferrocarriles moribundos. Se dirigió a la Corporación de Finanzas para Reconstrucción solicitando siete millones y medio de dollars. La R. F. C. lo pensó, lo estudió y consideró el pedido y a fines de 1932 le ofreció US. \$ 1.625,000 para terminar Diablo y construir dos pisos del edificio de la oficina, siempre que se encontrasen otros medios para financiar las otras deudas. Estas condiciones eran imposibles, pero nadie podrá decir que alguna vez Ross se amedrentó. La P. W. A. estaba recién formada en 1933 cuando él ya se presentó en la oficina con la primera solicitud. Esta vez necesitaba veintiseis millones de dollars para el proyecto de Ruby. De dos a tres

mil hombres serían empleados, arguyó, y el proyecto tenía financiamiento. El Ministro Ickes consideró el asunto y a fines de 1933 rechazó la petición sobre la base de que el Estado de Wáshington ya había recibido más de lo que le correspondía en dineros públicos para destinarlos a los dos grandes tranques sobre el río Columbia—63 millones del Grand Coulee y la mitad de los 31 millones, destinados a Bonneville. Así Ross, que había dedicado su vida a conseguir que los ciudadanos fuesen los dueños de la energía, fué detenido en su ruta porque el Gobierno Federal estaba interesado él mismo en los negocios de energía. Él podía reivindicar algún crédito para la iniciativa que el Gobierno estaba desarrollando, podía presentar una economía anual de 12 millones de dollars a la población de Seattle y tarifas que eran la mitad del término medio nacional, pero no podía conseguir ni un sólo dollar de Wáshington.

Se dirigió entonces a Wall Street. Llevaba consigo un informe de los peritos ingenieros de Ford, Bacon y Davis, que decía, entre otras cosas: «... se desprende que la organización del Departamento es correcta y efectiva... todas las existencias fueron encontradas en perfectas condiciones de trabajo... el Departamento funciona con gastos generales inferiores que muchas de la mayoría de las empresas privadas del mismo carácter y de magnitud semejantes».

Mostró dicho informe a Guy C. Myers, banquero de inversiones. Myers había sido un ingeniero de Empresas públicas antes de llegar a este puesto; había visto la quiebra de Insull y mucho más y sabía de que se trataba. Se formó un sindicato y se vendieron bonos por valor de US. \$ 4.956,000 con un interés de 5,77% el 1.º de mayo de 1934, con lo que Ross pudo salir adelante con la planta de Diablo y con el edificio destinado a las oficinas de la City Light. Más tarde, en 1937 y 1938 él obtuvo más o menos un millón y medio en garantías federales.

Mientras estaba trabajando en Skagit se le ocurrió otro aprovechamiento. El Bosque Nacional de Mt. Baker contiene algunos de los más hermosos parajes de América. Seattle ya tenía una planta de energía comunal, ¿por qué no habría de tener un lugar de vacaciones también comunal y que, al mismo tiempo sirviera como una réclame permanente para las empresas de luz municipal?—Ross nunca había menospreciado la importancia de la publicidad en sus empresas—Abajo, en Gorge, tenía un campamento de construcción con casitas y galpones, lo único que se necesitaba eran unas pocas reparaciones. Existía un FF. CC. que serpenteaba hacia arriba desde Rockport. Sus hombres compraron los carros de una línea inter-urbana que había quebrado, lo pintaron de amarillo con letreros a los costados que decían: «Líneas de la City Light» y organizaron excursiones a Skagit como una sección de la City Light. La idea prendió con sorprendente éxito. Hoy día no se hace más propaganda porque el público que recurre a él supera a su capacidad. Veinticinco mil personas al año visitan el lugar de descanso y en los grandes fines de semana de julio y agosto, hasta dos mil quinientos visitantes tienen que ser rechazados. El campamento funciona sobre una base de no-utilidad: US \$ 4.05 para los adultos y US. \$ 2.05 para niños, son las tarifas de Rockport de ida y vuelta, un alojamiento para una noche, comidas de primera clase y un servicio permanente de buffet entre las comidas; películas, bailes y un concierto de alto-parlante en una quebrada, una subida al tranque de Diablo en un gran ascensor y un paseo en bote a través del Lago que circunda al tranque. No existe más que una clase de alojamiento y Joseph P. Kennedy y los trabajadores de la W. P. A. comparten lo mismo con gusto. Y así, los habitantes de Seattle

pueden ir a ver sus centrales de energía y volver a sus hogares con la confirmación de sus magníficas concepciones.

V I

Hace 75 años, antes que existiese Seattle, habían ido hombres desde Olympics y Puget Sound a la Guerra Civil. Aun hasta entonces la región no se había abastecido por sí misma, aun hasta entonces había sido parte de una nación y en tiempo de crisis, lo habían reconocido así. En una crisis posterior, casi tan grave, la muralla de las Cascadas y las Grandes Planicies eran aún menos que una frontera a las fuerzas centrípetas procedentes de la capital de la nación. Durante 1934-1935 Ross dividió su tiempo entre Seattle y Wáshington, como consultor en la investigación de la energía nacional por la Comisión Federal de Energía (Federal Power Commission) y de la división de energía de la P. W. A. Efectuó una reducción de tarifas definitivas en la City Light, calculó el costo de comprar las propiedades en Seattle de la Puget Sound Power & Light, la cual estaba más accesible pero siempre luchando por mantenerse y sostener su precio y, en seguida, los asuntos federales lo absorbieron casi completamente. Al final, en agosto de 1935, el Presidente lo nombró para integrar la Comisión de Valores y Cambios (Securities and Exchange Commission), que debía administrar las medidas contempladas bajo la ley de Compañías Holding de Utilidad Pública de distribución de energía de 1935.

Ross dejó el Oeste, pero ya no era joven. Treinta y tres años de desgastador trabajo y amarga lucha, habían dejado en él sus huellas. El joven ingeniero de tersas mejillas y claros ojos de Cedar Falls, ahora usaba anteojos, su cara había engrosado y había adquirido un ceño de adustez, las arrugas desde la nariz hasta la comisura de los labios, eran más profundas, dándole un toque de tristeza a sus bondadosas facciones. Físicamente era grande (pesaba 87 kilos) y a pesar de su jovialidad y buen carácter, era una figura formidable. Los diarios del Este, que nunca le prestaron atención antes de 1931, lo destacaban ahora. Su apodo «Jaydee», con que era conocido en todo el Noroeste, lo siguió al Este, como asimismo las leyendas alrededor de su nombre, algunas falsas, otras verdaderas.

Las Compañías «Holdings» se quejaron como vírgenes ultrajadas ante su aproximación. Se podían haber evitado la molestia. En primer lugar, la base legal para poner orden en el embrollo de las Compañías «Holdings», faltaba aún. La Corte Suprema no ratificó la constitucionalidad de la ley de estas Compañías hasta marzo de 1938; por aquel entonces, Ross ya no estaba en la S. E. C. En segundo lugar, ni Ross ni la ley significaban una amenaza para las Compañías «Holdings» cuya estructura estuviera basada en sano sentido administrativo y financiero. La ley estaba dirigida solamente contra las abarcadoras, desintegradas, enmarañadas y mal limitadas agregaciones o conglomerados que habían existido, principalmente para el saqueo y, ahora, habiendo agotado hasta eso, no tenían otra razón para su existencia fuera de los deseos de sus directores de continuar ocupando puestos lucrativos. Si el propósito hubiera sido destructivo, Ross no habría sido el hombre para llevar a cabo esta tarea. No era un demoleedor de corporación ni un enemigo del capitalismo, lo único que perseguía era honestidad y, sobre todo, electricidad barata y en abundancia. En eso iba realmente tras los negocios y estaba dispuesto a barrer cualquier estorbo de su camino;

pero si Stone & Webster hubiesen distribuído 100 K. W. H. en Seattle por US. \$ 2.12, el habría trabajado por ellos, así como también para Wall Street. Habría estado pidiendo dinero prestado durante treinta años y pagándolo con intereses. Su actitud puede resumirse mejor en sus propias palabras pronunciadas en una ocasión anterior: «Mi trabajo es conseguir que se haga algo para la gente del Oeste. No puedo hacerlo sometiéndome a las Compañías distribuidoras de energía. Tampoco puedo hacerlo luchando con ellas con malicia, por despecho o por algunos centavos».

Su principal actuación durante los dos años con la S. E. C., fué educativa. Enseñaba otra vez, como en su juventud. No era la oratoria precisamente su fuerte y sus actuaciones en la tribuna siempre fueron irregulares. Conmovía a la gente por su sinceridad y honestidad que siempre irradiaba, lo mismo cuando hablaba a un hombre o a miles, pero en discusiones extemporáneas, muy a menudo dejaba confundido a su auditorio con tecnicismos superiores a su comprensión. Sus amigos en el mundo de la ingeniería fueron hombres tales como Einstein, Edison, Steinmetz y Morris L. Cooke y parecía imaginarse que de alguna manera él podía, con solo esforzarse y hablar largamente, hacer comprender los hechos al público en forma tan clara, como si se hubiera tratado de técnicos. Pero, cuando tenía su conferencia preparada con anticipación, presentaba sus puntos con fuerza y claridad.

En uno de sus discursos, en 1935, «Qué largo tiene el patrón de medida», Ross corrigió algunas confusiones fundamentales respecto al costo de la electricidad. Compara la planta generadora a las fundaciones de un rascacielo y el sistema de distribución a la superestructura. Solamente 4 a 5 pulgadas de la yarda corresponden al costo de generación de la energía, las otras 31 pulgadas miden el costo de la distribución por empresas privadas y eso, dijo, podía ser reducido a 10 ó 12 pulgadas mediante la operación eficiente bajo la propiedad pública. Los costos de generación se calculaban en milésimos y las tarifas en el medidor, en centavos. La distribución, argumentaba Ross, no era una tarea para el Gobierno Federal o el de los Estados, sino que para la misma gente. Preconizaba la formación de cooperativas de energía por municipalidades y departamentos. Allí donde existen medios de distribución, estimaba que pueden tomarse, pagándoles a los inversionistas «un equitativo valor depreciado» por sus instalaciones y bonos y, a la Compañía, una suma razonable por sus derechos y franquicias. El pago debía ser efectuado en bonos de renta con amortización e interés deducibles de las entradas. Si era necesario, podía recurrirse a la expropiación; sólo como último recurso debía recurrirse a la duplicación de plantas.

Decía a sus auditorios: «Uds. pueden manejar sus propios asuntos más barato que nadie».

«Uds. pueden controlar sus propias tarifas».

«Uds. pueden emplear a su propia gente y despedir a aquéllos que no demuestren honestidad y capacidad».

«Piénsenlo bien. ¿Pueden Uds. arreglar estas cosas en alguna otra forma y por cualquier otro medio que no sean Uds. mismos?»

Dirigiéndose en 1936 a la Convención Nacional de la Asociación Americana de Banqueros Inversionistas, explicó, no por la primera vez, que él no estaba tratando de reducir las acciones de las Compañías, sino dar a la gente mayor energía por el mismo dinero. Presentó estadísticas, como la siguiente:

1937	Tarifas To. Mo. (Ctvs.) de dollar	Consumo To. Mo. anual Energía (KWH)	Factura To. Mo. anual US. \$
Todas las Empresas Eléctricas privadas en EE. UU.....	4.39	793	\$ 34.81
Planta Municipal de Seattle (concurrentia pú- blica contra privada)	2.55	1,268	32.38
Planta Municipal de Tacoma (monopolio públi- co).....	1.62	1,698	34.20
26 ciudades en Ontario (monopolio público)....	1.26	2,134	26.96
Planta Municipal de Winnipeg (monopolio públi- co).....	0.827	4,765	39.41

Mr. C. W. Kellogg, Presidente del Directorio de la Corporación de Ingenieros de Servicio Público de Stone & Webster y Presidente de la Edison Electric Institute, sucesor de la N. E. L. A., contestó que, como el costo de la electricidad para el dueño de casa corriente representaba sólo el 2% de su presupuesto, la importancia de la propiedad pública se había exagerado por «razones políticas».

VII

El más bajo de los dos tranques federales del río Columbia, el de Bonneville, 40 millas al Este de Portland, continuaba su construcción normal. El 26 de julio de 1937, la ley que creaba la administración de Bonneville, fué aprobada en la Cámara sin oposición. Se consultaba la explotación y conservación por los ingenieros del Ejército y reservaba el 50% de la energía para la venta a particulares hasta el 1.º de junio de 1941. Un administrador con US. \$ 10,000 al año iba a dirigir el proyecto y la venta de energía a tarifas que serían aprobadas por la Comisión Federal de Energía. Ross era el hombre indicado para este puesto. Fué combatido por las empresas privadas, la Cámara de Comercio de Portland y el gobernador Charles H. Martín, de Oregón; pero el Presidente lo nombró el 4 de octubre de 1937.

Ross estaba contento de volver a casa. La planta de Diablo ya estaba casi terminada y los grandes generadores estaban en prueba. Todavía tenía en la sangre los anhelos y los triunfos de los primeros días y él nunca se había sentido feliz lejos de la City Light. Los corresponsales de Wáshington se habían dado cuenta que, cualquiera que fuera el motivo para el cual se le fuera a visitar, sus conversaciones siempre se desarrollaban en torno a Skagit. El dijo, antes de ir a Wáshington: «Señor Presidente, el gran gobierno de EE. UU. respalda aquellos trabajos que Ud. me quiere encomendar. Yo los puedo proteger bien. Pero, en cambio, la planta de Seattle—tengo que estar al lado de ella, si no los lobos se la comerán». Y, aun cuando entregó las tareas rutinarias a otros y dejó de percibir un sueldo de Seattle, él nunca abandonó el control de la City Light y hasta el final de su vida permaneció detrás de su dirección.

En efecto, Ross era ahora el único hombre de la T. V. A. del Noroeste. No estaba solo a cargo de Bonneville, sino que hablaba en nombre del Gobierno Federal en asuntos de energía e ideó planes, no tan sólo para Bonneville, sino para las futuras interconexiones de Grand Coulee, Bonneville, Skagit, las plantas de Tacoma y otras—la interconexión que había indicado desde el principio de la construcción de los dos tranques del Río Columbia. Más allá de esto, su imaginación se remontaba a toda una red de energía que abarcara toda la nación, partiendo desde la hoya del río Columbia y extendida al este y al sur. Pero todavía esto no podía ser, y para Ross, nunca lo sería. El Congreso había encarpetado su plan de energía regional, una decisión que podía ser reconsiderada en cualquier momento. Para Ross no hubo reconsideración. Pero ni la muerte de ningún individuo ni decretos legislativos pueden detener ni a la lluvia en su caída ni a los ríos en su carrera hacia el mar, y en el Noroeste sólo la muerte del espíritu de una nación puede detener lo que ha sido iniciado y lo que Ross tuvo en sus manos en su principio.

El Noroeste contiene más o menos el 40% de la energía hidráulica inaprovechada de la nación. Esto significa, en unidades de energía, la astronómica cifra de 110 millones de K. W. H. por año y en unidades de potencia (fuerza es energía dividida por el tiempo), 12.5 millones de K. W. Alrededor de 11.5 millones de éstos corresponden al río Columbia. La fuerza hidráulica instalada en EE. UU. hoy día, es de aproximadamente 37 millones de K. W., de este modo, el aumento de potencia en el plan eléctrico nacional de más o menos la tercera parte, está aguardando su desarrollo en el Noroeste. Los cuatro Estados: Wáshington, Oregón, Idaho y Montana, tienen esta enorme reserva de potencia dentro de sus fronteras y una población de tres y medio millones de habitantes. Fuera de esta combinación—una densidad de población de 8 habitantes por milla cuadrada, un quinto del promedio nacional y una potencia hidráulica de 12.5 millones de K. W. pueden dar materia para hacer una historia social. Una especie de inmensidad está en preparación aquí—tanto un gran desastre como un gran paso hacia la civilización americana—porque una porción apreciable de esta enorme potencia está en pleno desarrollo. Los proyectos están hechos, uno de los tranques de Columbia está construido, el otro lo está en sus dos terceras partes, el dinero se está gastando; no todo todavía pero sí lo bastante, de manera que será difícil que pueda recuperarse. Posiblemente, ahora que Ross ha muerto, los proyectos pueden ser saboteados por las corporaciones, las cuales no desearían nada mejor que tener energía generada por el Gobierno o bajo costo, siempre que ellas obtuvieran la energía. Pero esto no va a poder ser conseguido fácilmente; aunque Ross ha muerto quedan quienes en el Noroeste hablarán por él. Y aun más, todavía George W. Norris está en el Senado.

Mientras Ross vivía, un representante republicano denunció al Grand Coulee de ser «una colosal imposición al pueblo norteamericano... Nadie va a poder vender la energía a no ser que sea a los coyotes y a los conejos». Pidió elecciones para un Congreso Republicano y un Presidente también republicano para que pusieran fin a este derroche. Por supuesto el tranque de Boulder (o Hoover), que no es poca cosa, fué empezado bajo un presidente republicano y se dijo que la potencia de un millón de H. P. del tranque de Boulder «no harían más falta a la comunidad que la que podría hacer un millón de fanegas de trigo cosechadas a costas del público». Para Ross tales aseveraciones eran simples disparates. «No hemos hecho más que rasguñar la super-

ficie de las posibilidades de empleos de la electricidad», era generalmente su frase favorita para estos argumentos. No tenía la menor duda de que la energía proveniente de Grand Coulee y Bonneville sería vendida, que los diez tranques del río Columbia, explorados por los Ingenieros del Ejército, pronto serían construídos (Grand Coulee y Bonneville son sólo dos peldaños de la escalera), y después que toda la energía hidroeléctrica del Noroeste fuese puesta en servicio, sería preciso recurrir a los campos de lignito de Dakota y Texas para desarrollar energía a vapor en gran escala. Él esperaba que eventualmente la energía del río Columbia haría freír huevos en Chicago y aun mover las ruedas de las fábricas en New York.

Pero, ¿quién había oído jamás hablar que la energía eléctrica se transmitiera a través de miles de millas? La respuesta de Ross fué expresada en una verdad indiscutible: «Lo primero que se debe hacer, es preparar la mente para lo que se va a llevar a cabo, y lo segundo, es hacerlo por un medio u otro». Si el límite económico de la transmisión de corriente alterna es solamente de 300 millas, otro medio de transmisión tendrá que ser descubierto para suplantarlo. Volvamos a Edison, entonces, con su corriente continua del siglo XIX pero con su voltaje multiplicado miles de veces por modernos métodos. Ross no fué el autor de la idea; los ingenieros electricistas habían estado hablando sobre esto desde hacía muchísimos años y él dió crédito a la General Electric y a Allis-Chalmers para su desarrollo. Se basaba en el uso de tubos al vacío, trabajando sobre el mismo principio que aquéllos que se encuentran en los transmisores de radio para convertir la corriente alterna a continua en el origen y reconvertirla a corriente alterna para la distribución, tal como se hace hoy día. En una publicación técnica «Energía Eléctrica del Futuro», distribuída en el Club de Ingenieros de Seattle el 28 de julio de 1938, él pronosticaba unas líneas de transmisión circundando toda la nación, interconectando las plantas del Oeste con las de la T. V. A. y St. Lawrence y otras grandes centrales construídas y por construir, aprovechando así las diferencias de tres horas entre las puntas de carga de una costa a la otra, los estiajes en una región y el abundante almacenamiento en otra e intercambiando enormes cantidades de energía. En lugar de líneas trifásicas de 3 alambres de corriente alterna, él previó líneas de corriente continua de dos alambres que entregarían el 43% más de energía para la misma sección de conductores y la misma aislación. Él decía: «las posibilidades sobrepasan a la imaginación. La transmisión a mil y dos mil millas llegaba a ser comparativamente un simple problema de ingeniería. Toda América puede ser interconectada con corrientes de medio o un millón de K. W.»

El presentó datos de proyectos con costos por milla, completísimos, incluso aisladores y artefactos para una línea de 500,000 volts para transmitir un millón de K. W. con 10% de pérdida desde el río Columbia, hasta Chicago y a 700,000 Volts para entregar en Nueva York la carga total actual de 1,500,000 K. W. a un costo de una milésima de dollar por K. W. H. Esperaba que muchos, entre el auditorio, llegasen a ver crecer la demanda de energía en tal forma, que el río Columbia tuviese que suplementar las disponibilidades de energía local en Nueva York. La demanda de la energía eléctrica se había duplicado en un promedio de cada 5 años y medio entre 1885 y 1938 y aun si esta proporción en el crecimiento disminuyera algo, siempre continuará aumentando en razón geométrica y, tarde o temprano las previsiones tendrán que cumplirse.

Ya sea que esto fuera una fantasía o una profesía, él tenía sus problemas inmediatos en Bonneville. Allí él no tenía una organización tal como en Seattle, donde un grupo de colaboradores eficientes, tales como W. J. Mc Keen, Glen H. Smith, Robert W. Beck y, sobre todo, la señora de Ross, lo habían ayudado a construir una máquina humana que funcionaba casi tan eficientemente como los generadores de la City Light. Crear una organización como ésta requería tiempo y colaboradores que, como Ross, se resistieran a delegar la responsabilidad; aun antes de Bonneville, Ross, siempre tomaba demasiado de la carga él mismo. «No olviden que tengo la entera responsabilidad de esto», escribía a su ayudante, cuando le llegaron demasiadas preguntas de gente que quería hablar con el respecto a la energía de Bonneville. «No hay medio posible que yo pueda compartir mi responsabilidad. Años atrás, cuando podía participar algo de mi responsabilidad, mi éxito constituyó en decir poco o nada y, en cambio, desarrollar bastante acción». No sólo tenía a Bonneville a su cargo, sino que tomaba parte de su tiempo para dedicarlo a Seattle, y, cuando en Nebraska se creó un movimiento en favor de las plantas públicas, se recurrió a su ayuda y experiencia; no rehusó este ofrecimiento. Además, su salud no era ya lo que antes había sido.

Bajo estas circunstancias, los resultados fueron notables. Esto fué debido principalmente a los esfuerzos de Ross y a la política de Roosevelt de producir energía estatal para ser distribuída en pequeñas cantidades para residenciales y consumos rurales, política que prevaleció en Bonneville sobre la de «tarifas regionales». Esta última era patrocinada por las Cámaras de Comercio, por los intereses de los grandes negocios, por los demócratas conservadores y por los contrarios a la política del New Deal, que clamaban por energía barata en el tranque y por subir las tarifas en proporción a la distancia. «La tarifa de las estampillas de correo», recomendada por los intereses agrarios, trabajadores y elementos liberales, colocaron a los campesinos en igualdad de condiciones con los instalados cerca del tranque. Finalmente Ross fijó la energía término medio en el tranque, a US. \$ 14.50 por K. W. al año e intentó limitar ésta al 20% del total; el costo a través de las líneas de transmisión iba a ser sólo un poco más alto, \$ 17.50 por K. W. al año, sin tomar en cuenta la distancia. Como interconexión, Ross se arregló para conseguir una asignación para una línea central de 230,000 Volts entre Grand Coulee y Bonneville. Planeó desarrollar el mercado de Grand Coulee con la energía de Bonneville y devolverla a Gran Coulee cuando se terminara la última etapa en 1942. Skagit y las otras cadenas tendrían que esperar.

En el problema de la distribución al detalle, solamente pudo hacer una indicación: «La unión de la gente para propender al uso de la electricidad», siguió siendo su objetivo. Tenía un profundo sentido de la cohesión de la sociedad y esto lo expresó no sólo en palabras sino que en todos los actos de su vida.

Ross murió repentinamente el 14 de marzo de 1939, a consecuencia de una «trombosis coronaria», cuando parecía estar recobrándose de una operación que le hicieron por una obstrucción intestinal, en la clínica mayo en Rochester, Min. La noticia conmovió a todo Seattle. En la City Light se detuvo el trabajo de las oficinas, muchos hombres se desmayaron y casi todos lloraron. En cambio, en las grandes estaciones

generadoras de Skagit, los alternadores siguieron girando sin cesar y aguas arriba, el tercer tranque se terminaba rápidamente.

Ross fué devuelto a Skagit. Sus cenizas fueron depositadas en el granito de Gorge, a pocos cientos de yardas de la planta. El estruendo de las turbinas, atenuado por la distancia, llega en forma de un poderoso zumbido acompañado con el ruido cantarino del agua. La música de la energía que durante su vida oyera Ross, se mantiene sobre su tumba. Tampoco faltan los recuerdos visibles, allí están las centrales de energía y las líneas de transmisión. Las mismas montañas llevan su nombre, asimismo el tranque que se está construyendo actualmente, y el Presidente ha escrito la inscripción para la lápida de bronce que señala la tumba.

A lo largo del Skagit se puede olvidar, por un momento, que uno vive entre el rencor y la humillación de una economía decadente. Para Ross era inconcebible que América pudiera detener su crecimiento, faltaban los hombres para ocupar manos y mentes trabajadoras y en Skagit dejó su respuesta a los cavadores de tumbas. El panorama es de limitada perspectiva; está como ribeteado por las orillas del cañón; pero es profundamente impresionante. Toda planta bien construída es inspiradora en cierto sentido, representa un triunfo de una fase del espíritu humano, el triunfo de la mente analítica, científica y ejecutiva. Se acerca a la perfección de la forma y del funcionamiento, tiene su belleza peculiar y es duradera; como las máquinas que hoy se construyen, puede operar casi indefinidamente. Todo esto es igualmente cierto para las demás grandes instalaciones de energía eléctrica como lo es para Skagit; en este sentido Insull construyó algo de la misma excelencia interior. Pero cuando uno considera la mayoría de ellas, la admiración queda disminuída por el pensamiento del fraude y del abuso que acompañan a su construcción y a su uso. Las máquinas han sido sometidas a propósitos ajenos al espíritu de Faraday y Steinmetz y de los miles que laboraron por un siglo para hacerlo realidades. Pero no así las máquinas de Skagit. Por sus propósitos y su carácter, Ross dió a sus centrales una dignidad social igual que una perfección técnica. Hasta donde pudo, creó una abundancia física y una salud espiritual en una organización y en una localidad y murió en el esfuerzo de extender el uso de la energía para esos fines. Los problemas del país no serían resueltos solamente con electricidad barata ni tampoco por el ejemplo de Ross de buena ingeniería y de energía sin límites y un corazón ardiente. Pero ha dejado un testimonio palpable del poder de las empresas públicas dirigidas con desinterés, de lo cual todo Americano debiera tomar nota y recordar.